

El futuro visto desde el pasado

La horrenda visión de Herbert Spencer⁽¹⁾

Heriberto Spencer nació en Derby el año de 1820, de una modesta familia, cuyos miembros habían llevado su inconformidad política y religiosa hasta los límites de la excentricidad. Ya en la escuela mostraba su independencia intelectual con una aversión profunda hacia el “rutinario aprendizaje de memoria y las afirmaciones ex cathedra”, por lo cual se quedó completamente ignorante del latín, pero, en cambio, bastante bien preparado en aritmética. Nunca pretendió hacerse “una persona culta de gran representación social”. —Cómo se hubiera encolerizado al oír tal calificativo!— Hasta cerca de los treinta años estuvo dedicado con algún éxito a los asuntos de ingeniería y de secretaría. Bien pronto, y con motivo de la publicación de su obra “Estática Social”, descubrió esa vocación suya hacia el periodismo y los ensayos que andando el tiempo iba a manifestarse en la construcción de una gran filosofía sintética de la Evolución. Su éxito fue tan completo que sus contemporáneos le consideraron como el máximo exponente del modernismo, como el más autorizado intérprete para difundir por el mundo de los profanos las últimas conquistas de las ciencias. Una prueba, si se quiere vulgar, pero muy realista, del enorme número de sus lectores, se encuentra en el hecho de haber podido vivir durante cincuenta años, gracias a la venta de sus libros, a pesar de no haber gozado de apoyo académico ninguno, ni de forma alguna de subsidio, y a pesar de haber sido sus bienes hartamente escasos. Entre los años de 1862 y 1900 se publicó la mayor parte de sus escritos, en diez volúmenes y bajo el odioso

(1) “El Individuo Frente al Estado”, por Herbert Spencer, Londres, Williams and Norgate, 1884.

título de "SISTEMA DE FILOSOFIA SINTETICA". Casi al mismo tiempo se dieron a la venta "*Los Primeros Principios*", a los cuales siguieron más tarde *Los Principios de Biología, Psicología, Sociología y Ética*.

Su origen humilde, su temperamento, su educación, todo concurrió a formar en él ese espíritu de independencia y descontento que Arnold Matthew echaba tanto de menos en los ingleses de la clase media; actitud que sorprende, si se tiene en cuenta que él se desarrolló en el cabal momento en que triunfaba el Comercio Libre, se aceptaba el "Laissez-faire" como un axioma de la Ley Natural, especialmente revelada a los ingleses y se disfrutaba de la larga paz internaciónal que siguió a Waterloo, circunstancias todas que hubieran justificado más bien una predicción optimista sobre el normal desarrollo de la libertad individual. A través de toda la obra de Spencer se descubre una firme convicción en el acierto del individuo y el desatino de la masa; un convencimiento de que el poder, y especialmente el poder político, siempre corrompe, y que por lo tanto a lo sumo se le puede tolerar como un mal necesario. Felizmente a medida que el hombre va independizándose, el Estado va haciéndose menos necesario, y así —sorprendente punto de acuerdo con sus enemigos los Marxistas!— día llegará en que desaparezca por completo. El odio que le tenía Spencer al Estado rayaba en el anarquismo; pero el origen de sus convicciones se encuentra en el liberalismo radical de la Inglaterra de Victoria.

Otra idea no menos importante se encontraba, empero, en el sistema de Spencer. Bien presto había resuelto que el único guía verdaderamente eficaz para conducir a la Inteligencia humana, era la Ciencia —palabra que dentro de su sistema es preciso escribir con mayúscula—. Siguió con ansiedad los ensayos que Comte y Mill hacían por aplicar a los estudios de la sociedad los métodos de las ciencias naturales. De Augusto Comte tomó la idea de una gran sistematización de las ciencias en cuya cima se encontrara la Sociología. Aun cuando no fue él propiamente un científico de laboratorio, se interesaba en gran manera por los progresos de las ciencias naturales, y así no es de extrañar que fuera él uno de los primeros en convertirse a la causa de Darwin tan pronto como se publicó el "*Origen de las Especies*" en 1859. Poniendo una acendrada fe en la evolución orgánica, emprendió la interpretación de la historia

social de la humanidad, según los principios de la Evolución, tal como entonces se concebían: variaciones accidentales, lucha por la existencia, selección natural, eliminación de los inadaptables y supervivencia de los adaptables y fuertes.

Su "*Filosofía Sistemática*" podría, en términos generales, sintetizarse de la manera siguiente: hay en el universo una continua e incesante redistribución de materia y de movimiento; la ciencia moderna nos ha descubierto al fin la trayectoria de ese movimiento trascendental que va de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo simple a lo compuesto: en Biología, de la medusa al "Homo Sapiens"; en Sociología, del caos individualista en que se debatía el salvaje primitivo al régimen férreo de la sociedad militante, y de ahí al surgimiento de la moderna sociedad industrial que sabe gobernarse por sí misma. Esta distinción entre la sociedad "militante" y la sociedad "industrial" es la clave de todo el pensamiento político de Spencer. La Sociedad "militante" deja caer todo el peso de la autoridad sobre sus miembros, a quienes somete a la obediencia por la fuerza y a quienes mantiene en su orden económico por medio de sus aprehensiones supersticiosas; constituye ella una sociedad esencialmente guerrera, que, de acuerdo con los principios de la Evolución, es tanto más pujante cuanto más rígidamente organizada se encuentre en su despótico escalafón militar. La Sociedad "industrial", fruto del esfuerzo fecundo de los hombres de negocios, que lograron al menos mitigar el régimen de la sociedad militante, es aquella que permite a los hombres intentar cuanto quieran y enriquecerse cuanto puedan, que les deja libre el campo en su lucha por la existencia, y que los amaestra en la ciencia, la técnica y la paz. En el orden de la Evolución, ésta se halla indudablemente en un grado más alto que el de aquella. Inglaterra y los Estados Unidos parece que lograron hacia el año de 1860, entrar en su época industrial, dejando atrás esa fase militante en que todavía se encuentran parcialmente sumergidos los países de la Europa Occidental, y de la cual tardarán mucho en salir los países del resto del mundo.

Su ideas gozaron de tal popularidad que, de no haber sido por su menosprecio del Cristianismo, su burla sangrienta hacia la vida de deporte de las clases elevadas y su aversión por los prejuicios de los Conservadores, Spencer

habría sido consagrado por todos como un héroe nacional. Y sin embargo, en Inglaterra liberales y radicales lo exaltaron como a un vidente o un profeta, y en el exterior gozó de igual renombre que Byron y Mill, pues que se le reputó como a un inglés que podía ver más allá de las fronteras de Inglaterra. La Evolución se hizo casi tan necesaria como lo había sido Dios; ella prometía la victoria a los Hijos de la Luz, y señalaba al mismo tiempo a los trabajadores tesoneros, a los hombres de negocios de la clase media como los predestinados por su plan cósmico a ser los futuros triunfadores sobre los señores, los sacerdotes, los soldados, los académicos, y toda la caterva del pasado.

Fuera de los errores de menor consideración, el sistema de Spencer adolecía de dos fallas principales. La primera, que nunca pudo él vencer, consiste en la dificultad que surge naturalmente al querer aplicar al campo de la política las ideas darwinianas. Admitámosle, en gracia de discusión, que “dentro de una sociedad determinada” con el máximo de libertad, se obtenga realmente el máximo de competencia, y por ende el mayor beneficio posible de la selección natural; ¿qué actitud habrá de asumirse entonces ante los conflictos que surjan “entre ciertas sociedades”? No pudiéndose, como claramente se comprende, dirigir un ejército con los principios del “Laissez-faire”, ni con los de Libertad, Igualdad, Fraternidad, ¿qué hacer si a la industrial Inglaterra, por ejemplo, le tocara luchar contra la militante Prusia? ¿No sucedería que ésta venciera a aquélla, es decir, la esclava a la libre? ¿Y entonces a dónde va a dar el curso inevitable de la Evolución? Era ésta una dificultad que inquietaba sobremanera a Spencer.

La segunda objeción, que es la más capital, es la referente al hecho de no haber podido la Biología corroborar la posición política fundamental de Spencer. Si él hubiera vivido en el Siglo XVIII y en la ciencia física de entonces hubiera buscado el fundamento de su individualismo, no habría quedado defraudado, pues las ideas reinantes de ese tiempo, el “mundo-máquina de Newton”, se habrían acomodado tan maravillosamente a su sistema, como se adaptaron a los de un Holbach o de un Bentham. Pero la moderna ciencia biológica, aplicada al mundo de la política, sólo podía producir la famosa teoría organicista, según la cual el Estado, la Sociedad es un organismo cuyos músculos son los hacendados, sus nervios los industriales,

su cerebro los científicos, y así de lo demás... (Infinidad de concepciones se conocen al respecto). La metafísica que esta teoría implica es simplemente encantadora para los individualistas. Si la sociedad es un todo orgánico, el bien individual se encontrará necesariamente subordinado al bien colectivo, y hé aquí que, en último análisis, vienen a tener razón Hegel y los Prusianos, pues no se concibe cómo un brazo pretenda separarse del resto del cuerpo, ni cómo un glóbulo rojo vaya a exigir su pequeño “habeas corpus”. El mismo sentido común le hizo advertir a Spencer la existencia de esta dificultad, que él intentó resolver en su “Sociología” argumentando que, aunque la sociedad es un organismo, carece sin embargo de “sensorium” o sistema nervioso, de “alma”, como dirían los ignorantes. No teniendo, pues, la sociedad un fin específico, ni necesidades propias a qué atender, se concibe perfectamente que el individuo siga siendo el verdadero objeto de la política. Desgraciadamente, la dificultad no podía removerse en forma tan sencilla, pues, aunque se quisiera pasar por alto, la actitud fundamental del mismo Spencer la plantea sin remedio. Como cualquier teólogo o metafísico, creía él en una cosmología consistente en un universo atómico, mecánico, rígidamente determinado, en el que se haría imposible el desarrollo. Dentro del sistema de Spencer, la sociedad es una contradicción, o al menos una paradoja: es al mismo tiempo un organismo y una ficción, una teoría y una metáfora.

Todo esto, en verdad, era bastante confuso, hasta para el mismo Spencer, según puede sospecharse. Por otra parte, hacia el año de 1884 el mundo parecía no querer ajustarse tan dócilmente a su sistema como cuando él empezara a escribir: la guerra civil americana constituía más bien una victoria de lo homogéneo que un triunfo de lo heterogéneo y de la libertad seccional; Prusia bajo Bismarck era una sociedad militante, lo que no impedía que progresara; y en la mismísima Inglaterra, la hija mayor de la Evolución, malhadados agentes de un gobierno tiránico estaban registrando los hogares privados —advirtiéndose bien “privados”— con el inaudito fin de inspeccionar los desagües y los sanitarios. Es entonces cuando este filósofo cargado de años y de achaques, se sienta indignado a escribir para la “Revista Contemporánea” cuatro artículos, que en 1884 se recopilan y publican seguidos de un “Epílo-

go" en forma de libro bajo el título de "*El Individuo Frente al Estado*".

II

"El Individuo Frente al Estado" es una especie de lamentación de Jeremías, como muy bien lo indican los epígrafes de sus capítulos: "El Nuevo Conservatismo", El Advenimiento de la Esclavitud, El Pecado de los Legisladores, La Gran Superstición Política. A dondequiera que dirija su mirada, sólo descubre el autor la hidra del Estado que todo lo invade, el colectivismo que suplanta al individualismo, la esclavitud que derrota a la libertad. En otro tiempo los liberales de Inglaterra eran hombres que sabían remover todos los obstáculos que pudieran oponerse a la libre actividad de los ingleses, ya fueran tales obstáculos feudales, económicos o religiosos. Pero pasaron ya esos tiempos en que los liberales derogaban la "Combination Law", los "Tests Acts" y los "Corn Laws", y por eso vemos hoy que, lejos de aminorar las trabas, no hacen más que imponerlas cada vez más numerosas. Constantemente expiden leyes sobre fábricas, leyes sobre inspección y vigilancia, leyes sobre educación pública obligatoria, leyes sin fin. Esos no pueden ser liberales, sino más bien los nuevos conservadores, que, como en los más crudos tiempos de la Edad Media, sólo se preocupan por legislar sobre toda clase de actividad económica, olvidando que la historia, interpretada según la filosofía de la evolución, nos muestra que la mayor parte de las leyes expedidas por la prodigalidad legislativa resultan al irse a aplicar, o nocivas o simplemente superfluas. La legislación no es más que el vano intento de reducir a un plan lógico lo que mejor se regularía por el Tiempo y la Naturaleza. (Si no hubiera él detestado el Latín, habría dicho sin duda: "Vix medicatrix Naturae"). Y tan grande será el cúmulo de leyes, que en 1884 puede decirse de Inglaterra que se encuentra al borde mismo del Estado socialista. El Socialismo es un sistema esclavizante en que cada cual trabaja, no para sí, sino para el Estado, el cual en realidad no es más que la clase dominante y cuyos burócratas vienen a ser los modernos señores feudales.

Esta clase de colectivismo echa a perder los benéficos designios de la evolución, por cuanto implica una suspensión de la ley natural de la lucha por la existencia; recom-

pensando por igual a los adaptables y a los inadaptables, hace que el número de éstos aumente muchísimo más que el de los primeros; y no sintiendo ya los hombres halago ninguno por la competencia y sin la fuerza moral de la certeza de poder lograr lo que desean, fatalmente abandonarán sus trabajos, a menos que se les obligue a ello por la violencia. Carecerán los hombres de todas aquellas excelentes cualidades de iniciativa, de energía, de ambición, que tanto hicieron florecer a Inglaterra durante el reinado de Victoria. Con todo y decirnos la fe en la evolución que esta fuerza de retroceso no puede durar para siempre y que ella ineludiblemente habrá de reemprender su marcha majestuosa, mejor sería que no se malgastara tan ruinmente nuestra vida.

Pero más grave aún, prosigue Spencer, es la situación internacional. La libertad se encuentra amenazada no solamente desde el interior por el socialismo, sino también desde el exterior por el militarismo. Es claro que en tales condiciones no puede augurarse el progreso de la evolución, y así no es de admirar que los Estados Unidos e Inglaterra tengan una civilización muy superior a la de Alemania y Francia. Estas sociedades no han podido salir de su etapa militante, comoquiera que en ellas imperan todavía las ideas de ciega disciplina y de respeto a la autoridad, lo cual permite a sus Estados hacer todo lo que les venga en gana. Para Inglaterra constituye una verdadera calamidad el tener tales vecinos que la obligan a combatirlos con armas similares y le hacen adoptar a ella, sociedad industrial por naturaleza, métodos propios sólo de sociedades militantes. El mismo Spencer escribe: "Imperando en el ambiente de tales sociedades ideas y sentimiento antipacifistas, se comprende que hayan de estar constantemente preparadas para la guerra, lo cual exige de los hombres una fe incondicional en la autoridad, de suerte que el gobierno dispondrá de una potencialidad extraordinaria aplicable no sólo a fines guerreros sino también a muchos otros." En 1884 parecía que la guerra era inevitable, las naciones se aferraban aún más a su disciplina, y se sacrificaba así la libertad individual, única vía posible para la marcha de la Evolución.

No era, pues, de extrañar que el "Epílogo" de Spencer hubiera de ser tan pesimista. "La lectura de "*El Individuo Frente al Estado*", dice Spencer, a lo sumo podría hacerle

cambiar parcialmente su modo de pensar al lector". El dilema que él se planteaba de ser el hombre libre y, sin embargo, verse cada vez más cohibido a fuerza de restricciones, hubiera desanimado a un Rousseau, pero no a él, que precisamente tomó pie en ello para hacer sus profecías.

Su libro fue juzgado de muy diversos modos. Muchos lo relegaron como una lamentación amarga de quien ya había hecho todo lo que estaba a su alcance. Con la aparición de la "Westminster Review" abandonaron las "desconsoladoras páginas de Spencer" para leer en cambio a un verdadero representante de la vanguardia liberal inglesa, Mr. Arnold Tonybee cuya prometedor vida había tronchado el infortunio en plena juventud. Los socialistas se enfurecieron, y Hyndman saltó a la palestra. Los radicales de todas las clases se sintieron defraudados y heridos por lo que a ellos se les hacía la traición de Spencer a sus primitivas ideas defensoras de las clases trabajadoras. "El Espectador" afirmaba que "indudablemente las cosas tenían que haber cambiado totalmente cuando el autor de la "Estática Social" y el profeta de la Evolución se había convertido en el admirador de la Libertad y en el sostenedor de la "Liga en Defensa de la Propiedad", en donde encuentra él el baluarte de la libertad". "Pero este culto "fetichista" añadía el periódico, no es más pernicioso que un "horror fetichista" hacia el Estado". Tampoco lo recibieron muy regocijados los que formaban en las filas del conservatismo tradicional. "La Nación" de Nueva York observaba en su editorial que "es inconveniente todo aquello que tienda a hacerles creer a los hombres que sus desventuras podrán remediarse por modos distintos de su propio esfuerzo" y su revisor no se arredra al afirmar que "el Americano ha perdido en cierto modo el sentimiento de su propia personalidad, y que su conciencia le atestigua ante todo que él es miembro de una colectividad" —confirmando así el pensamiento de Spencer y adelantándose en cincuenta años por lo menos a Sinclair Lewis—. A pesar de todo, la "Nación" consideraba que el análisis de Spencer sólo se refería a una cuestión pasajera, y que el comunismo, cualquiera que fuere su forma, era sencillamente "un imposible".

Al cabo de cierto tiempo, empero, la obra de Spencer vino a constituir un último reducto en la resistencia contra el socialismo. Los conservadores, que primeramente habían visto en Spencer un repugnante reformador ateo, se

hincharon de entusiasmo al descubrir en él que la ciencia y la evolución se ponían de acuerdo para condenar el Socialismo, no solamente como cosa indeseable, sino también como un gran imposible. Poco se cuidaron los conservadores partidarios de Spencer del dilema que tanto había atormentado su mente. Les bastó simplemente suprimir su antimilitarismo, e, importándoles solamente presentar el individualismo del "laissez-faire" como un programa practicable en Inglaterra, terminaron siempre su lectura antes de llegar a las páginas en que aquél predicaba la necesidad de la paz y la concordia internacionales. "El Individuo Frente al Estado" vino a ser una especie de arsenal de donde se sacaban los principales argumentos y ejemplos en contra de la legislación social que tan vigorosamente impulsaban los liberales y el creciente partido laborista.

El futuro que Spencer nos pintara con caracteres tan sombríos se ha tornado ya presente; la tan odiosa esclavitud se ha expandido por todo el mundo y los legisladores continúan pecando y forjando planes. Muchas de sus frases han perdido su aspereza primitiva, a fuerza de usarlas; la palabra "Reglamentación", que a penas si se atrevía él a emplear, se encuentra hoy a cada paso bajo la pluma de los periodistas. Sería interesante que dentro de cincuenta años se estudiara si Herbert Spencer escribió en calidad de científico o de profeta.

No puede negarse que poseía un raro don para predecir ciertos fenómenos. En El Pecado de los legisladores hay un divertido pasaje en que citando a Mr. Janson en apoyo de su tesis, muestra cómo de las 18.110 leyes expedidas entre el reinado de "Enrique III, el 20" (1236) y el de "Victoria, la 35" (1872) solamente quedaría subsistente una quinta parte. Pues bien: nada son las 18.110 leyes de Janson comparadas con el sinnúmero de las que se expiden y derogan actualmente. Predijo una reglamentación más estricta de las construcciones, la demolición de los bajos barrios y su reemplazo por las modernas ciudades jardines, a pesar de lo que en contrario sostenían los expertos en urbanización; adivinó la instrucción pública obligatoria costada por el Estado; las leyes que iban a regular el trabajo no sólo de los niños y de las mujeres, sino también de los hombres ya formados; el seguro obligatorio por ancianidad y desempleo; el apoyo del Estado a las investigaciones científicas, al arte y al teatro; el increíble aumento de

las contribuciones necesarias para poder atender al material y personal de los servicios de "escuelas públicas, museos libres, bibliotecas, piscinas, estadios, y tantos otros..." Previó el asalto cada vez más victorioso del proteccionismo contra la sagrada teoría y práctica del Libre Comercio, y la consiguiente alza de las tarifas inglesas. Tuvo asimismo la intuición de la desenfrenada y rapaz lucha de las potencias mundiales por la expansión territorial y el dominio de los mercados, como también el fenómeno que hoy llamamos imperialismo. Fue él sin duda alguna uno de los primeros en prever la Gran Guerra, aunque prudentemente se abstuvo de fijarle fecha cierta y determinada.

Es verdaderamente admirable ese don profético suyo, que no le ha hecho quedar mal en ninguna de sus predicciones. Y a pesar de todo, no hay ninguno hoy que al leer "El Individuo Frente al Estado" no experimente cierta indignación. Parece un libro perverso y sin razón: cualquiera diría que Spencer previó, pero no comprendió. Su lectura como que lo hace abandonar a uno la vida del siglo XX para llevarlo a una garrulería de octogenarios de los tiempos de Victoria. Ilusión ésta muy explicable, pues nosotros no alcanzamos a advertir esa esclavitud que nos rodea, en cuyo lodo nos encontramos sumergidos y que él nos profetizó hasta en sus más insignificantes pormenores. Envueltos ya en la maraña legislativa, no nos es dado simpatizar con espíritus tan atrevidamente libres como el de Spencer, quien dio muestras de arrojo singular al combatir el proceso en sus comienzos. Mas el que no nos alarma ya el implantamiento de la instrucción pública obligatoria, ¿prueba acaso que ello no deba chocar a espíritus genuinamente libres? Aun en las pretendidas sociedades democráticas nos encontramos tan avanzados en el socialismo de Estado, que no podemos simpatizar con el verdadero individualismo.

Pero el sabor indudablemente arcaico de las predicciones de Spencer tiene, además, otras explicaciones que a buen seguro no halagan nuestro orgullo, ni parecen tan sencillas. Algunas de ellas son triviales, pero concurren a formarnos una inteligencia completa de Spencer: el corte anticuado de su prosa, tan pesada y sin humor; su espíritu anarquista que llevaba el "laissez-faire" mucho más allá de la especie de Ciencia que él tanto admirara; sus extravagancias, propias de su existencia de soltero singularmen-

te intratable. La pretensión de un municipio a obligar a un propietario a construir desagües, era para Spencer una insoportable tiranía, que desafiaba francamente la Ley de la Evolución. Tuvo la satisfacción de demostrar que los drenajes constituían un mal positivo, pues que propagaban la tifoidea y la difteria: "En Windsor no se registró ningún caso en las partes no drenadas, al paso que en aquellas que sí lo estaban los casos fueron numerosísimos". Afortunadamente la medicina poco se ha preocupado por abstracciones individualistas, colectivistas o evolucionistas; no cree que los gérmenes del tifo se encuentren señalados por el dogma del "laissez-faire". Los médicos han tenido felizmente mayor influencia que Spencer en la legislación sobre salubridad pública.

Por importantes que sean las observaciones anteriores, ellas no nos acaban de explicar por qué razón nos parece Spencer tan anticuado hoy día. La razón quizá radique en el hecho de haberse creído él un científico, cosa que difícilmente nos cabe en la cabeza a nosotros, que lo consideramos más bien como un predicador o un propagandista. Y rechazamos su cientifismo, no porque él haya sido víctima de prejuicios o de dogmatismo —como les suele acontecer hoy día a muchos de nuestros científicos, a lo menos en su vida privada— sino porque le daba esas apariencias a todo lo que para él constituía un pensamiento científico.

El más simple de todos sus errores se muestra patente en "El Individuo frente al Estado", en donde suele presentar los hechos en una lista que haga resaltar la uniformidad que se quiere demostrar, "como si una lista suministrará una prueba matemática". Así en "El Pecado de los Legisladores" hace Spencer una lista de leyes que él califica de "Malas", empezando por la de "Eduardo III, el 35" sobre reducción del precio del arenque, hasta la de Victoria sobre seguro contra incendio. Y al calificarlas de "malas", daba a entender seguramente que no le gustaban, y como por sistema le disgustaban todas, puede afirmarse que su actitud era realmente metafísica, y así se le tratará muy en breve como metafísico. Lo que sí es cierto es que si por mala se entiende aquella ley "inaplicable", teniendo buen cuidado de precisar lo que deba entenderse por "aplicación", y si se especifica muy bien la clase de leyes de que se trata —de las que regulan el comercio, por

ejemplo— habida cuenta asimismo de la sociedad y tiempo en que se consideran, se puede llegar, usando de muchas precauciones, a descubrir ciertas uniformidades semejantes a las que halla el científico naturalista. Sólo así podría hablarse de leyes “aplicables” e “inaplicables”, pero sería inverosímil que se hallara inaplicable el ciento por ciento de las leyes, como lo hizo Spencer.

Aunque Spencer tenía extensos conocimientos matemáticos y mecánicos, siempre consideró que la sociedad podía estudiarse por modos más sencillos. Por parte alguna se nota que él hubiera creído necesario un estudio de la sociedad más científico, esto es, más independiente y escéptico. Su método es el propio y común de los predicadores, razón por la cual se asemeja mucho a Carlyle. Una comparación sacada de la medicina, arte o ciencia cuyos estudios sobre el hombre son de los que más nos enseñan, nos pondrá en evidencia las deficiencias de su método, al mismo tiempo que nos permitirán apreciar cabalmente el profeta que había en Spencer. Se le presenta a un médico un paciente que sufre, pongamos por caso, de lo que ha dado en llamarse epilepsia —que probablemente no es una sola afección, sino un conjunto de trastornos—. De un modo o de otro consigue sanarlo. Pero sucede que al cabo de treinta años vuelve a presentarse nuestro enfermo con un grupo de síntomas semejantes. De una cosa podemos estar seguros: de que el facultativo no mostrará ni sorpresa ni indignación, y no censurará al paciente de ser víctima de la ley de la evolución. Sin duda alguna volverá a leer los datos de hace treinta años, pero seguramente no tomará los dos casos como exactamente iguales, ni le aplicará idéntico tratamiento que en la primera ocasión, sino que se esforzará por curar al paciente aplicándole los remedios que considere más convenientes para el nuevo caso.

Pues bien: Spencer empieza “El Individuo frente al Estado” con un deliberado paralelo entre las leyes que regulaban el trabajo en los últimos tiempos de la Edad Media y el primer período de los Tudores y las leyes sobre trabajo que se estaban debatiendo en 1884 por los “Nuevos Tories”. Inglaterra es el paciente y esas leyes su dolencia. Después de mucho sufrir, nuestro paciente quedó aparentemente curado hacia principios del Siglo XIX, pero hoy, en 1884, abundan los signos de una reincidencia. Concedámoslo —y en ello somos demasiado generosos— que es

razonable considerar esas leyes como una verdadera dolencia, de la cual deberíamos librar a la sociedad. Pues aun así sale muy poco airoso de su comparación con el médico, comoquiera que se muestra indignado con el paciente, a quien maldice y reprueba por haber recaído, y a quien censura por el hecho de padecer la tal enfermedad. De haber tenido él verdadero espíritu científico, habría considerado que la aparición de esas leyes sobre el trabajo eran simplemente un fenómeno natural, y se habría preguntado más bien cuáles eran sus causas y cuáles sus antecedentes y consecuentes. La última parte de su libro trata lánguidamente de las sociedades “cuasi-industriales”, como Francia y Alemania, del retroceso temporal, etc. Pero todas estas explicaciones no hacen sino denigrar aun más al infeliz paciente.

Ansiaba Spencer un mundo en que reinaran la paz, la tolerancia, la confianza recíproca, el trabajo tesonero, la sencillez y la modestia en las empresas, aun en la construcción de más grandes edificios o en el perfeccionamiento de las máquinas, o de las fábricas, o de los ferrocarriles y hasta en el ensanche de las fronteras mismas de la ciencia; aborrecía él un mundo de orgullo, de luchas, de codicias, en que se sometiera a los semejantes, o se les imitara hasta el servilismo, y se aferraran los hombres a las estúpidas supersticiones a que había estado sujeta la miserable raza humana hasta hace poco tiempo. Y la transición entre lo que veía y lo que ansiaba, la hizo como la hacemos todos nosotros: por medio de metafísica y teología. Su metafísica era un positivismo dogmático que en el fondo se basaba en el “Mundo-Máquina de Newton”, cosmología tan familiar para nuestros abuelos. Su teología se apoyaba en una fuerza divina, todopoderosa, omnisciente, infinitamente buena, que él llamaba “Evolución”. Las diferencias entre nuestra cosmología y la de Spencer se pueden apreciar advirtiendo que entre él y nosotros se encuentran la Relatividad y el Quantum Físico, las grandes Leyes de Mendel, el anti-intelectualismo de Sorel, Bergson, James y Pareto, la Gran Guerra y finalmente la Gran Crisis. La razón de aparecernos Spencer tan anticuado talvez sea su tan simplista concepción del mundo que para él era “un mundo artificialmente armado”.

El mundo de 1880 se resistía cada vez más a comportarse tal como él quería que se condujera. “El Individuo

frente al Estado” es un reconocimiento patético y forzado de tal hecho, y una humilde confesión de que el mundo en el futuro se acomodará aún menos a sus deseos, en lo cual indudablemente tenía toda la razón. Pero no por eso deja de ser un profeta, sin embargo de no ser un previsor científico. Puede decirse que el profeta siempre tiene razón. Su “Libro de la Revelación” es hoy tan verosímil como lo ha sido siempre. En las ciencias sociales, la prognosis o predicción científica es aun prácticamente imposible. La profecía, empero, sigue siendo algo muy explotable, pues al profeta le basta ponernos de presente que entre la realidad y nuestro desideratum existe una barrera infranqueable, como la hay también entre nuestras abstracciones éticas, metafísicas y teológicas, y nuestra experiencia. Esta barrera existe desde hace mucho tiempo. Predijo Spencer la esclavitud en que nos encontramos hoy día, y, nosotros, sin embargo, ni siquiera nos damos cuenta de ella. Podríamos predecirles a nuestros nietos la libertad, y, a pesar de ella, nada tiene de raro que ellos gimieran bajo su amparo. Y es que estas palabras, Libertad, Esclavitud, carecen de significación precisa; son palabras sonoras, retumbantes, palabras necesarias en nuestra fabril sociedad Occidental, y hasta excelentes instrumentos en manos hábiles o inhábiles, con tal que ellas sean de políticos, de predicadores y de maestros, pero nunca de científicos. Quizá algún día lleguen los sociólogos a precisar lo que entienden por “Esclavitud”, tanto como los fisiólogos han logrado determinar el sentido del término “Fatiga”. Spencer lo ignoró, sin duda alguna, y, con todo, en nada nos ayudó para ponernos en vía de tal conocimiento. “El Individuo frente al Estado” podría muy bien hoy día considerarse como una larga carta firmada por “Britannicus” o “Pro Bono Público”, carta que nos enseña algo acerca de Spencer, algo acerca del mundo en 1880, y que nos muestra algo más importante aún, a saber: que no pudiendo los hombres ni siquiera “proyectar”, ni siquiera legislar en forma tal que se influya positivamente sobre el curso de la sociedad, menos aun podrán contrariar o retener su marcha. A lo sumo pueden inquirir humildemente y hasta forjarse algunas conjeturas; todo lo demás es vanidad o es profecía.

Y es porque la opacidad con que se nos muestra el futuro se debe más a los variables sentimientos humanos que a las mismas instituciones sociales, políticas o económicas.

No hay derecho a afirmar sino lo que uno siente, pero no lo que habrán de sentir nuestros hijos o nuestros nietos. La pintura que Spencer nos dejó del futuro —que es ya nuestro presente— se encuentra falseada, porque él vio la legislación de nuestro tiempo con un horror y un disgusto de que no participamos ya nosotros. Hablaba con pesimismo de un tiempo en que ya no podía esperar vivir, y en el que, por consiguiente, no tenía derecho a esperar que hubiera “Precisamente esa especie de pesimismo”. Tampoco el optimismo puede tomarse como guía seguro; quizá sea más engañoso. Edward Bellamy tuvo la fortuna de predecir en “Mirando hacia el Pasado”, algunos hechos, especialmente en el campo científico industrial. Es verdad que hoy podemos, como lo hacía el huésped de Bellamy, voltear un botón y oír una orquesta lejana, y sin embargo nuestras vidas no son tan idílicas como se las representara el sentimiento de Bellamy... mas tampoco son tan horriblemente insoportables como se las fingiera el sentimiento de Spencer.

CRANE BRINTON

Tradujo especialmente para la *Revista del Rosario*:

TOMAS LOMBO

Colegial, bibliotecario y estudiante de Jurisprudencia en este Colegio Mayor.

